

XIRA

A close-up photograph of a person's hand holding a vibrant blue butterfly with black markings on its wings. The butterfly is perched on the index finger. The background is filled with numerous purple and white flowers, likely daisies, creating a soft, bokeh effect. The overall scene is bright and natural.

Belén Míguez Ferro

XIRA

por Belén Míguez Ferro

XIRA

Copyright © 2019. Belén Míguez Ferro.
Todos los derechos reservados.

Contents

[XIRA](#)
[CAPÍTULO I](#)
[CAPÍTULO II](#)
[CAPÍTULO III](#)
[CAPÍTULO IV](#)
[CAPÍTULO V](#)
[CAPÍTULO VI](#)

Dedicado:

En primer lugar, a Javier, mi compañero.

A mis niños, ellos tienen la culpa de que empezase a inventar historias.

A las dos "Mari" de mi familia. Una lo leerá desde el cielo.

Por último, a Sonia, una de las primeras personas que conoció a Enzala.

CAPÍTULO I

LA FIESTA DE LAS FLORES

Era un día de fiesta en la aldea. Ella estaba recogiendo flores en el prado que hay cerca de la ermita de la Virgen. Había gente por todas partes preparando cosas para las celebraciones y aquel era un lugar más o menos tranquilo. Desde allí podía ver su aldea, la que tanto quería, y estar tranquila con sus pensamientos.

Era un lugar que siempre le había gustado. Un prado lleno de flores y árboles. En primavera, según te vas acercando a él, huele a una mezcla de azahar y jazmín... Hay un riachuelo cerca y en verano le gusta descalzarse, sentir el agua fría en los dedos de los pies, ese agua fría que casi hace daño, que te lleva el escalofrío casi hasta los brazos.

Estaba pensando en las cosas que habían pasado últimamente en la familia. Desde que murió la abuela no le gustaba demasiado estar rodeada de gente, pero recordar a su primita, nacida hace dos meses, le hacía esbozar una sonrisa...

De repente... Oyó como un susurro angustiado, no sabía de dónde provenía. Era muy débil. No conseguía ubicar el sonido hasta que vio unos destellos cerca de la base de un árbol, iba a acercarse a investigar cuando...

—¡Alicia, Alicia! —oyó como la llamaban. Era su hermana que la buscaba para que llevase las flores para decorar la imagen de la Virgen.

—¡Ya voy, ya voy...! —dijo Alicia. Se giró y fue hacia su hermana, pensando que en cuanto tuviese un momento volvería a ver qué era ese susurro misterioso.

Abrazó a Carmen, su hermana. Siempre habían estado muy unidas aunque desde la muerte de la abuela se habían distanciado un poco.

Recogieron las flores y se fueron juntas. La iglesia era un ir y venir de mujeres, todas ellas con cestas llenas de flores. El aire estaba lleno de los olores de todas esas flores y se mezclaba con el olor a incienso del templo. Alicia inspiró profundo y un halo de tristeza la invadió por un instante. Esa sería la primera vez que pasase la fiesta de la aldea sin la abuela Izaro. A la abuela le encantaba ese día. Pasaba meses organizándolo todo, pero lo que más le gustaba era decorar la imagen de la Virgen.

Alicia y Carmen se pusieron manos a la obra. Su madre no estaba, tenía que ocuparse de preparar la casa y la comida para todos los invitados. Aunque cada familia traía algo para comer, era mucho trabajo, pero tan gratificante...

Primero lavaban la imagen de la Virgen con mucho cuidado y luego la iban decorando poco a poco con miles de flores. Era un espectáculo ver todo el proceso. Ese año se habían lucido. Todas estaban de acuerdo en que era uno de los años en que más guapa estaba la Virgen.

Llegaron los hombres y mujeres encargados de llevar a la Virgen en procesión por todo el pueblo. Salían de la iglesia y pasaban por todas las calles de la aldea, de manera que ninguna casa se quedaba sin la bendición de la Virgen. La procesión acababa en la plaza, donde el cura daba una pequeña misa para los allí presentes y se bendecía a los bebés nacidos ese año en el pueblo.

Era una ceremonia muy bonita y emotiva.

Además, ese año en su familia acababa de nacer Liz, su primita. "*¡Qué bonita está con su faldón nuevo!*", pensó Alicia mientras Sonia la acercaba a la imagen de la Virgen. No lloró cuando el cura la bendijo. Al contrario, esbozó una sonrisa.

Una vez acabó la procesión todos partieron a sus casas a celebrar con sus familias. Era un día muy especial. Toda la aldea se engalanaba para la ocasión y los vecinos participaban felices en todos los preparativos.

En el exterior de la casa de Alicia se montaba una mesa muy grande, en una zona cubierta, donde normalmente está el tractor. La celebración era el 31 de Mayo y lo mismo podía hacer un calor de mil demonios que caer la tromba del siglo. Ese año hacía muchísimo calor. Por el camino se fue juntando toda la familia: unos vivían en el pueblo y otros venían de la ciudad. Había familiares con los que solo se veían ese día del año.

Llegaron a la casa. La mesa ya estaba preparada y solo tenían que ir sacando la comida. Se sentaron todos a la mesa, comieron y lo pasaron fenomenal.

Después de la comilona hacían una sobremesa que duraba casi hasta la noche. Tomaban café, bailaban, cantaban... Alicia puso la excusa de haber olvidado un pañuelo en el prado esa mañana y se fue.

Por el camino no paraba de darle vueltas al destello y al extraño susurro que oyó por la mañana. Al llegar al prado fue directamente en dirección al destello. Oía el susurro, pero más débil si cabe que por la mañana. Alicia creía que se le iba a salir el corazón del pecho. Casi podía oír mejor sus propios latidos que el susurro.

Al cabo de un rato, buscando y buscando, al fin vio algo. Se frotó los ojos. No podía ser... Estaba volviéndose loca... Era... Era una *Xira*. Había oído hablar de ellas millones de veces a gente de la aldea. Contaban historias, pero nunca había conocido a nadie que asegurase haber visto una. Pensaba que eran fábulas, leyendas...

La *Xira* tenía una pierna atrapada en una piedrecita y un ala muy magullada; estaba muerta de miedo. Intentó calmarla, pero no sabía si podía entender lo que le decía.

—Tranquila, tranquila —le dijo Alicia mientras le sonreía—. Voy a liberarte la pierna y te ayudaré. No tengas miedo.

Por el rostro de la *Xira* caían lágrimas. Tenía miedo, pero era su única opción y confiaba en los ojos azules de Alicia.

Alicia quitó la piedra con mucho cuidado. La pierna no estaba rota y por suerte el ala tampoco. La cogió con toda la delicadeza del mundo y la introdujo en el bolsito que llevaba colgado al hombro.

—Te llevaré a mi casa hasta que te recuperes. No te preocupes, te cuidaré y guardaré el secreto.

Xira asintió con la cabeza.

Al llegar a casa, Alicia subió rápidamente a su cuarto, dejó a la *Xira* en una esquina de su armario en una caja, con agua y un trocito de pan. La *Xira* comió, bebió y se durmió exhausta.

Ya era un poco tarde. Alicia bajó a ayudar a sus padres y hermana a recoger las cosas de la fiesta. Cuando acabó subió a su habitación, se excusó diciendo que había sido un día muy largo y estaba cansada.

Abrió el armario y se quedó observando a esa maravillosa criatura. Tenía cuerpo de persona y alas de mariposa. Había podido ver sus ojos en el prado: eran marrones, de los que cuando les da

el sol parecen miel con destellos verdes. Su pelo era castaño, con reflejos dorados. Mientras soñaba dormida, sonreía y se le marcaban hoyuelos en las mejillas.

De repente se despertó sobresaltada y abrió los ojos asustada. Se detuvo un instante, pero enseguida dijo:

—Hola, soy una Xira, me llamo Enzala. Te he visto varias veces en el prado de la ermita. Muchas gracias por ayudarme.

—De nada, Enzala. Me llamo Alicia y tenía que ayudarte. Cualquiera lo habría hecho — Enzala suspiró y volvió a dormirse tranquila.

Alicia pasó la noche con sueños extraños. Al despertar, lo primero que hizo fue mirar dentro del armario para asegurarse de que no había sido solo un sueño. Enzala despertó. Alicia le dijo que probara a mover el ala por si podía volar. Podía, pero aún le dolía bastante. La cuidaría un par de días hasta que pudiera volar bien y estuviese recuperada del todo.

Alicia bajó a ayudar a su familia a hacer las tareas. Más tarde irían al prado a charlar.

—¿Cómo es posible que nunca antes te haya visto...? —preguntó Alicia a Enzala.

—Porque somos como mariposas, aunque nosotras nunca nos acercamos mucho a las personas y los animales nos ayudan a camuflarnos. Vivo en un nido en lo más alto de la ermita, al lado de las cigüeñas.

Desde el día que se conocieron, Alicia y Enzala se volvieron inseparables. Se pasaban las horas hablando y hablando, incluso cuando estaban en silencio no eran silencios incómodos, en los que rebuscas en tu cabeza algo que decir. Eran silencios llenos de amistad, como si una formase parte de la otra.

CAPÍTULO II

EL PRIMER DESCUBRIMIENTO

Alicia había acabado los estudios de bachiller y no tenía muy claro qué camino tomar. Siempre había querido estudiar Magisterio, pero ahora que llegaba el momento de marcharse ella sola a la ciudad a estudiar lo cierto es que le daba un poco de vértigo.

Pensó que tomaría una decisión al acabar el verano. Quería disfrutar, ya que había trabajado mucho para sacar la selectividad. Ese año había sido duro con la muerte de la abuela. Pasaba los días entre el cuidado de Liz y las conversaciones con Enzala. Sus amigas se habían ido fuera a pasar el verano: Esther, con su novio, y Fátima había ido a Londres a hacer un curso de intercambio para aprender Inglés.

Una tarde de Julio estaba Alicia cuidando de su prima. Ya tenía 4 meses. ¡Cómo pasaba el tiempo! ¡Qué bonita estaba!

Enzala estaba con ellas, ya totalmente recuperada y a una distancia prudencial, para poder esconderse a tiempo si venía alguien.

A Alicia le encantaba cantarle canciones suavemente, hasta que se quedaba dormida en sus brazos. No hay nada que calme más el espíritu que tener a un bebé dormido en tus brazos, con ese olor tan maravilloso y esa sensación de paz que desprenden. Cuando la niña se dormía, Enzala le contaba a Alicia cosas sobre las Xiras.

Las Xiras se conocen unas a otras. Poseen una especie de memoria colectiva, tienen recuerdos de todas las Xiras que han pasado por el mundo, hasta llegar a la primera Xira de todas. Son seres bastante solitarios, no suelen vivir con otros de su especie. Comen frutas, verduras y cereales... Se dedican a ayudar a animales pequeños en peligro. Guardan el sueño de los bebés y, lo más importante, poseen los recuerdos de la historia del mundo. Se conoce algún caso más en el que una Xira se había hecho amiga de un humano, pero es algo muy excepcional. De hecho, solo había pasado dos veces más. Cuando un niño oye por primera vez la historia de una Xira, una mariposa se transforma en Xira.

Así pasaban los días, felices y tranquilos.

Llegó el Domingo y como todos los domingos, pasará lo que pasase, Alicia iba a llevar flores a la tumba de su abuela. Cuando vivía le encantaba hablar con ella. Se sentaban y mientras le hacía trenzas le contaba mil historias. De hecho, fue ella la que le contó su primera historia de Xiras.

Se acercó a la tumba, limpió las hojas secas y puso flores nuevas. Se fijó que en la tumba había un dibujo tallado de una mariposa... “¿Cómo es posible que no me hubiera fijado antes en él...?” Supuso que porque siempre que iba le invadía una gran tristeza, la echaba tanto de menos

que no se fijaba en nada.

Ese día sí se fijó y al acercarse vio que no era una mariposa... “¡Es una Xira...! ¡Es...! ¡No puede ser verdad...! ¡Es Enzala...!” Le sudaban las manos y una sensación extraña recorrió su espalda. Recordó que cuando era pequeña, como ocurría con su prima, siempre había una mariposa cerca, revoloteando cuando estaba con su abuela. “¿Podría ser verdad? ¿Mi abuela y Enzala se conocieron...? Tendría que ser así. Si no, ¿qué hace la imagen de Enzala tallada en la tumba de mi abuela?” pensó Alicia.

Salió del cementerio camino de su casa. Acababa de acordarse que ese día vendrían sus tíos a pasar unos días con ellos en el pueblo, como hacían todos los años.

A su tía Sonia y a su primita de 4 meses las veía todos los días. Vivían en una casa cercana a la suya pero a Ibai solo le veía en las fiestas de Navidad, verano y Semana Santa. Ibai estaba casado con Verónica y tenía dos hijos: Alex y Javier, de 3 y 5 años, unos auténticos terremotos. Cuando venían, sobretodo en verano, la casa se llenaba de vida, risas, juegos... El día parecía que tenía 32 horas, pero no porque se hiciera largo, sino porque hacían muchas cosas. Lo pasaban genial.

Llegó a casa y se puso a hacer una tarta de chocolate. Ese día llegarían todos a la hora de comer y quería prepararles una sorpresa.

Con todo el jaleo del cementerio y la preparación de la llegada de sus tíos no había caído en la cuenta de que no había visto a Enzala en todo el día, era rarísimo. Iría al prado después de comer a ver si la veía.

Acababa de meter la tarta en el horno cuando, de repente, alguien la cogió en volandas. Se dió un susto de muerte.

—¡Pero qué tonto eres tío! ¡Casi me matas del susto, por Dios! —dijo Alicia, riendo a carcajadas. Casi se le salía el corazón del pecho.

—Anda, anda, con lo valiente que tú eres —se burló Ibai.

—¿Qué es eso que huele tan bien Prima? —gritaron los peques nada más entrar a la cocina a todo correr.

—Ah, pues no tengo ni idea. Yo creo que es tarta de Canguingos... ¿Os gusta la tarta de Canguingos? —bromeaba Alicia.

—¡Aaaaa! Entonces nos vamos... ¡Puaj! —Y se marcharon corriendo a la calle.

Se saludaron todos y fueron a acomodar sus maletas en las habitaciones.

Después de comer, cuando estaban tomando la tarta con un café, Alicia comentó:

—Ibai, cuéntanos historias de Xiras. Tú eres el que más sabes de ellas en el mundo.

Ibai torció el gesto. Le pareció raro que Alicia de repente hiciera esa pregunta. A Ibai le encantaba contar historias, pero a ella nunca le habían interesado mucho.

—A la noche viendo las estrellas os contaré alguna, si os portáis bien.

Ibai y Sonia se quedaron recogiendo con María la madre de Alicia, mientras Verónica y los niños se echaban una siesta. Alicia decidió ir al prado a ver si veía a Enzala.

Hacía muchísimo calor. Alicia se descalzó, se tumbó en la hierba y metió los pies en el agua helada del río. ¡Cómo le gustaba aquella sensación! Estaba mirando las nubes pasar cuando, de repente, Enzala apareció y se posó en su nariz. Le hizo estornudar y se rieron las dos a carcajadas.

—Enzala, tengo que preguntarte una cosa —dijo Alicia—. No sé por dónde empezar.

—Pues empieza por el principio. Las cosas son siempre sencillas entre nosotras, nunca hemos tenido problema a la hora de hablar de cualquier cosa —respondió Enzala.

Alicia tragó saliva y, decidida, le dijo:

—¿Tú conociste a mi abuela Izaro?

A Enzala le cambió la cara, pero enseguida contestó:

—Sabía que esta conversación llegaría en algún momento... Sí, sí, conocí a tu abuela. Fuimos muy muy amigas. Bueno, algo más que amigas —ese último *más que amigas* hizo rodar una lágrima por el rostro de Enzala, aunque ella intentó disimularlo.

—¿Por qué no me habías comentado nada en todo este tiempo?

—No podía, era un secreto entre tu abuela y yo. Hay cosas que sabrás cuando llegue su momento.

Pasaron unas horas juntas. Alicia regresó después a casa para estar con su familia. Tenía ganas de pasar tiempo con ellos y no quería que sospechasen nada. Cuando sus tíos venían de vacaciones pasaban todo el tiempo que podían juntos.

Cenaron tarde. Después de recoger se fueron al jardín.

Sonia se fue a su casa porque Liz todavía era muy pequeñita y necesitaba descansar. Alex y Javier buscaban luciérnagas, aunque no veían ya ni su sombra. Siempre se quedaban dormidos mientras los mayores contaban historias y veían las estrellas.

La preparación de la zona para ver las estrellas era todo un ritual: primero iban los plásticos para protegerse de la humedad, luego sábanas y cojines para tumbarse encima y, por último, las mantas para taparse. En la aldea al anochecer siempre refrescaba. Cuando todo empezaba a estar tan oscuro que solo se veían pasar los murciélagos comiendo mosquitos, esa era la hora de tumbarse a ver las estrellas.

María y Verónica ya estaban tumbadas con Alex y Javier, que se empezaban a frotar los ojos, mientras señalaban al cielo riéndose. Alicia fue a buscar a Ibai. Estaba bastante oscuro. Dentro de la casa no estaba. Cogió una linterna y empezó a buscarlo por el jardín. Le pareció oír unas voces hablando entre susurros... Apagó la linterna, guiándose por su oído. Conocía el jardín como la palma de su mano y no necesitaba luz para orientarse en él.

Ibai hablaba con alguien, pero no conseguía distinguir con quién, hasta que vio un destello. No podía ser. Eran las alas de Enzala lo que brillaba en la oscuridad.

—¡Ibai, Alicia lo sabe! Me ha preguntado, no quiero mentirla. En algún momento tendremos que contarle la verdad —susurraba Enzala.

—¿Pero qué sabe? —contestó Ibai—. ¿Lo sabe todo?

—No, solo que conocí a la abuela Izaro. Le he dicho que fuimos amigas.

Alicia volvió a notar mucha angustia en Enzala al hablar de la abuela Izaro. A Alicia le sudaban las manos, tenía ganas de gritar, preguntarle a los dos qué era lo que estaba pasando.

“¿Ibai también conoce a Enzala? ¿Qué está ocurriendo?” Respiró hondo y decidió no decir nada, no era el momento.

Ella sabía que tanto Enzala como Ibai la adoraban y ella también a ellos. Eran cosas muy serias, tendría que averiguar por su cuenta y ganarse su confianza para conseguir saber cuál era el secreto que unía a las Xiras con su familia.

—Tío, Tío —gritó Alicia encendiendo la linterna.

—Estoy aquí, Alicia. Vete a tumbarte, que ahora voy yo.

Alicia se tumbó con su madre y su tía, con cuidado de no despertar a los niños que ya se habían dormido. Al poco llegó Ibai.

—Bueno, como os prometí, os voy a contar una historia de Xiras.

Alicia se giró para intentar ver la expresión de su cara, pero no consiguió ver nada, estaba todo muy oscuro. Solo se veían las estrellas brillar en el cielo.

—Hace muchos, muchos años, había muchas más Xiras que ahora o se acercaban más a los

humanos, porque yo creo que más o menos siempre ha habido las mismas. Antes la gente respetaba más las supersticiones y, por otro lado, nadie te podía grabar con un móvil a la primera de cambio —dijo riendo—. Había una mujer que había enviudado recientemente. Tenía una niña pequeña de unos tres años. Trabajaba cosiendo para una sastrería de la ciudad y alquilaba unas tierras, con lo que más o menos mantenía la casa y a su hija.

—Una noche de invierno que cosía hasta tarde, escuchó unos golpecitos en la ventana del salón. Se asomó, pero no logró ver nada. Al cabo de un ratito otra vez los golpecitos... Abrió la ventana, entró un viento helado y, de repente, un gato se coló de un salto en la casa. Menudo susto se llevó la mujer. Se acercó poco a poco al gato y le pareció ver que llevaba algo en la boca. El gato, con toda la suavidad del mundo, depositó en el suelo del salón ¡una Xira!

—Estaba muy magullada, tenía los labios azules y el cuerpo helado. Había que hacer algo rápidamente. La mujer cerró la ventana, tapó a la Xira y la llevó cerca del fuego. El gato se acurrucó en una esquina de la casa, mirando fijamente a las dos.

—A la luz del fuego pudo ver que era una Xira: era un chico. Le mantuvo caliente toda la noche. Al despertar, la Xira se asustó bastante e intentó escapar volando, pero no pudo. Aún estaba muy débil.

—*No tengas miedo* —dijo la mujer—. *¿Tienes hambre?*

—Él asintió con la cabeza, comió y bebió.

—*Gracias, siento haberme asustado tanto, pero es que los humanos, a veces, no sois muy agradables con las cosas que desconocéis. Me llamo Itnas y soy una Xira. Me has salvado la vida. ¿Qué puedo hacer por ti para agradecértelo?*

—*No tienes nada que agradecerme, ¿qué te sucedió?* —preguntó la mujer.

—*Pues a las Xiras no nos gusta mucho el invierno, la verdad. Solemos pasar las noches de frío en el nido de algún búho. Los animales siempre nos ayudan y nos protegen, igual que nosotros a ellos. El otro día, yo estaba un poco aburrido de no salir del nido y aproveché que hacía un poco de sol para volar por el prado que hay al lado del río. Había un chico disparando perdigones al aire y uno de ellos me dió en un ala. Caí al suelo y no podía volar. Me escondí debajo de unas hojas. El chico me buscó, pero no me encontró. Pensó que le había dado a un pájaro pequeño. Pasé una noche heladora. Me desmayé y no recuerdo nada hasta que me desperté en tu casa. ¿Cómo he llegado hasta aquí?*

—*El gato te trajo hasta aquí en la boca. Creo que quería protegerte.*

—Desde entonces Itnas y la mujer se hicieron inseparables... Bueno, se acabó por hoy. Todos a dormir, que es muy tarde. Mañana, si hace bueno, iremos a bañarnos al río.

Recogieron todo y se fueron a sus cuartos a dormir. Alicia se quedó fascinada con la historia que acababa de escuchar. No tenía ni idea de que existieran Xiras chicos.

Pasaron unos días de risas y juegos con la familia y Alicia seguía viendo a Enzala de vez en cuando, aunque no le preguntó en ningún momento por la conversación que había escuchado en el jardín.

Cuando los niños estaban en la casa, todo el mundo tenía que madrugar. Verónica intentaba que no despertasen a nadie, pero era imposible. Además, a todos les encantaba estar con ellos, no les importaba madrugar.

Hacía un día estupendo, así que prepararon todo y se fueron al río.

En la aldea no vivía mucha gente. Niños había pocos y en los meses de verano mucha gente se iba fuera: abuelos que se iban a la ciudad a cuidar de los nietos porque ya no tenían colegio y los padres tenían que trabajar... La gente joven se iba a pasar las vacaciones fuera... En agosto quizá

había un poco más de movimiento.

Así que el río era prácticamente para ellos solos. Se iban a una zona en la que cubría apenas hasta la cintura y no había ningún peligro. Pero el agua, incluso en días de tanto calor, estaba helada, así que llevaban una de esas piscinas hinchables pequeñas. La ponían en un lugar en el que diera el sol y la llenaban de agua para que los niños no estuvieran tanto tiempo en el agua helada del río. Aunque los niños nunca tienen frío.

Jugaron todo el día. Llevaron la comida y estuvieron allí hasta la hora de la merienda. Y así todos los días, de acá para allá.

CAPÍTULO III

EL CUMPLEAÑOS

Ese sábado iban a celebrar el cumpleaños de María, la madre de Alicia. Alicia deseaba prepararle un cumpleaños especial. Recordaba que había un mantel en el desván que había bordado la abuela Izaro y era el preferido de su madre. Estaba buscándolo cuando encontró unos álbumes de fotos antiguas. Podría escanear alguna y ponerle un marco. Sería un regalo bonito para su madre.

Había fotos hasta de la bisabuela Sara. Nunca hablaban mucho de ella y tampoco había tenido nunca curiosidad por esas fotos. Pensó que realmente no sabía mucho de ella, o por lo menos no lo recordaba. Sabía que había enviudado joven, cuando Izaro era muy pequeña. “Pero... ¿será casualidad...?” Intentó recordar en qué trabajaba la bisabuela y, nada, no había manera, hasta que vio en una esquina la vieja máquina de coser.

¿Su tío le estaría dando pistas sobre algo y ella no se estaba dando cuenta? Cogió unos cuantos álbumes de fotos y llevó el mantel a lavar para tenerlo listo para el sábado.

Estaba en su cuarto, preparando la lista de todo lo que tenía que hacer para la fiesta del sábado. Alicia hacía listas para todo. Intentaba tener siempre todo organizado, aunque luego los planes cogían su propio camino, no según sus listas. Pero, al fin y al cabo, las listas son para cambiarlas y rehacerlas 100 veces si fuera necesario.

Notó unos golpecitos en el cristal de la ventana. Era Enzala.

—¡Hola Alicia! —dijo sonriendo y se le marcaron los hoyuelos.

—¡Hola Enzala! —nunca se acostumbraría a hablar con una Xira. ¡Era... tan increíble!—. Me gustaría que me contases más cosas sobre las Xiras... ¿Cuántos años vivís?... ¿Tú cuántos años tienes?

Enzala se quedó pensativa. Sus ojos se volvieron un poco más oscuros. No le gustaba, no quería mentir a Alicia. Prefería no decir nada a tener que mentirla.

—Es de mala educación preguntarle la edad a una señorita y a una Xira también —dijo fingiendo que se enfadaba—. Vamos al prado. Te haré una corona de margaritas.

—Vale vamos —Alicia no podía decir que no a una corona de margaritas, estaría loca si lo hiciese, pensó.

Enzala y Alicia se despidieron después de pasar un rato en el prado. Alicia había quedado con Verónica y Sonia para ir a comprar el regalo y cosas para la fiesta de su madre.

Enzala sabía que Ibai estaría solo en casa. María y el marido de Sonia se habían llevado a los niños a las piscinas y regresarían tarde. Ibai estaba en el jardín leyendo un libro. Enzala se acercó sigilosa y ¡zas! Le asustó revoloteando en su oreja, aunque casi se lleva un manotazo por molestar.

—¡Perdón perdón! —dijo Ibai dejando el libro a toda prisa—. Casi te doy un tortazo, pensaba que eras una mosca.

—Habrás visto, llamarme mosca a mí, ¿cómo te atreves? —se rieron los dos a carcajadas.

—Ibai, tenemos que contarle la verdad a Alicia. Tú te irás dentro de poco, ella pregunta y yo no le voy a mentir. Sería mejor que supiera la verdad de boca de los dos.

—Tienes razón. Es mi sobrina, no debo desconfiar de ella, ya sabe que tu existes y no se lo ha dicho a nadie. ¿Qué te parece si organizo una salida al monte? ¿En la zona del Prado de las estrellas, donde está el cruce antiguo? Después de comer, mientras algunos echan la siesta en la zona de la arboleda, yo puedo decirle que venga conmigo a explorar alguna cueva y entonces le contamos la historia.

—Me parece fenomenal. Lo organizas para el domingo, ¿te parece?

Ibai asintió con la cabeza y sintió alivio. En el fondo estaba deseando compartir el secreto con alguien, llevaba muchos años en silencio.

Por fin llegó el día del cumpleaños de la madre de Alicia. Los niños la despertaron bien pronto. Bueno, despertaron a todos los de la casa. Fueron a su habitación cantándole el cumpleaños feliz a voz en grito y con un montón de dibujos que habían estado haciendo para ella.

Desayunaron todos juntos y le dijeron a su marido, que se la llevase por ahí hasta la hora de la comida. Tenían que preparar toda la casa para la fiesta. Verónica, Sonia y Alicia, con la ayuda de Ibai y los niños, decoraron toda la casa. Flores, globos... Prepararon la mesa con el mantel tan precioso de la abuela. A la hora de la comida estaba la casa preciosa y olía, ¡cómo olía...!

Comieron todos juntos, sopló las velas y le dieron los regalos. María agradeció a todos ese día tan maravilloso, aunque estaba un poco triste porque su madre no podía estar con ella. Alicia se fijó que Enzala observaba todo desde una esquina del techo y lloraba. No estaba segura si lloraba de alegría o tristeza.

CAPÍTULO IV

SEGUNDO DESCUBRIMIENTO

Llegó el día de la excursión, prepararon las mochilas, bocadillos y demás enseres y se fueron a pasar el día al monte. Alicia notó a Ibai ese día más pensativo de lo normal y tenía ojeras, como si hubiera dormido mal. Por el camino le pareció ver a Enzala siguiéndolos, pero no le dio importancia. Ya le había pasado más veces que había confundido a Enzala con una mariposa corriente.

El camino a el Prado de las Estrellas, es un camino muy fácil de hacer con niños. Tiene algunas subidas pero se hacen de maravilla; es una ascensión suave. Por el camino se ven ovejas, caballos e incluso algunas vacas. Hay riachuelos en los que los niños pueden cazar renacuajos, o por lo menos intentarlo. Todo lo que da la vista son arboledas, praderas de hierba verde salpicadas de margaritas y, a lo alto, las montañas. El Prado de las Estrellas es una explanada de hierba bastante grande: a los lados hay dos arboledas en las se puede comer, pues hay varias mesas con bancos. Hay un camino que sube al crucero y otro que baja al pueblo por el lado opuesto a donde habían llegado ellos. Es un camino un poco más complicado para ir con niños.

Después de comer prepararon unas mantas en el suelo a la sombra, en la zona de la Arboleda cercana al prado. Los niños se echaron la siesta mientras los adultos sacaban los termos de café. Ibai le propuso a Alicia subir a buscar alguna cueva que explorar. Ella aceptó encantada.

Un poco más arriba, casi llegando al crucero, Ibai se separó del camino a una zona un poco apartada. Se sentó y, de repente, Enzala se posó en su hombro.

—¿Pero qué haces tú aquí? —dijo Alicia.

Ibai y Enzala se miraron con cara de asombro.

—¿Cómo? ¿No te sorprendes de que Enzala se pose en mi hombro y yo esté tan tranquilo? —preguntó Ibai.

—JaJaJa —rió Alicia—. Sé que conoces a Enzala desde la noche que llegasteis de vacaciones. Os oí hablar por la noche.

—¿Pero bueno, cómo nos has engañado! —dijo Enzala.

Y todos se rieron a carcajadas.

Entonces Ibai se puso serio.

—Voy a contarte la historia más importante de nuestra familia y de todas las Xiras, aunque no sabría decirte dónde acaban la Xiras y empieza nuestra familia, o al revés. Alicia, tienes que prometer que nunca contarás la historia que hoy escuches a nadie. A NADIE que no sea de la familia, porque la historia debe de pasar de generación en generación, pero con mucha prudencia.

Ibai tragó saliva y empezó a contar...

—Tu bisabuela Sara vivía con mi madre, la abuela Izaro, y con su familia en la casa familiar, donde vives tú ahora con tus padres y tu hermana. Yo tenía unos 8 años; María, tu madre, 5; y Sonia aún no había nacido cuando tu Bisabuela falleció. Sucedió mientras dormía. Apareció con una sonrisa en los labios y una mariposa muerta en la almohada, al lado de su cabeza.

—Yo no hablaba con nadie después de aquello. Quería tanto a tu bisabuela... Era maravillosa. No podía creer que nunca volvería a verla, que nunca más olería su pelo. Sentía rabia, pena y un nudo en la garganta que no me dejaba hablar. La pena me ahogaba, me hacía tanto daño. Mi madre Izaro sufría por haber perdido a su madre y por no poder aliviar mi dolor.

A Alicia le costaba creer que Ibai hablase así, tan claramente de sus sentimientos con ella.

—Una noche me desperté llorando y tan sudoroso por una pesadilla que mi madre se acostó conmigo. Enredar mis manos en su pelo era mi mejor calmante.

—En ese duermevela en que no estás dormido ni despierto, si abres un poquito los ojos puedes ver la habitación, pero no puedes moverte y te pesan los ojos... Pude ver una mariposa que revoloteaba cerca nuestro... Me pesaban los ojos, tuve que hacer un esfuerzo para poder abrirlos. Desperté a mi madre y nos miramos boquiabiertos. Yo creo que los dos pensamos que estábamos soñando... No podía ser...

—Nos sentamos en la cama y no podíamos pronunciar palabra. Mi madre alargó la mano y una Xira se posó en ella. Acercó la mano a la luz de noche de la mesilla y allí estaba... Los tres empezamos a llorar: lágrimas de incredulidad, felicidad, tristeza, una sensación que no he vuelto a experimentar nunca más.

—La Xira nos acarició la cara y comenzó a hablar. Nos dijo:

“—Soy mamá, la abuela, soy Sara... He cambiado y ahora mi nombre es Enzala”.

Alicia no podía creer lo que estaba oyendo, le temblaban las manos. Sudores fríos recorrían su frente... “¿Qué es todo esto?” Pensó que tenía que ser un sueño. En cualquier momento se despertaría en su cama, abriría los ojos y todo volvería a ser normal. La cabeza le daba vueltas y empezó a marearse. Le pitaban los oídos y por un momento perdió el conocimiento. Al despertar, Ibai y Enzala la miraban con cara de preocupación.

—¡Al fin! ¿Estás bien? —gritaron los dos a la vez—. Nos has dado un susto de muerte.

—¿Que yo os he dado un susto? No me lo puedo creer —se pellizcó los brazos.

—Pues sí, y ahora levanta, que los niños ya se habrán despertado de la siesta y nos estarán echando de menos.

—¡Papá, Papá!

—¡Alicia!

—¡Ibai!

Se oía llamar por el camino del crucero.

—¿Ves? ¡Ahí están, nos están buscando! Escóndete, Enzala.

—¡Están aquí, Mamá! —dijo Javier, mientras corría hacia ellos.

—¿Dónde os habíais metido tanto rato? —preguntó Verónica—. ¡Ya nos teníais preocupados!

—Pues nos tumbamos aquí un poco y ya sabes lo pesada que es tu sobrina, que se duerme en cualquier sitio. Cuando me quise dar cuenta estaba hablando solo. Se había dormido. ¿No veis la cara que tiene? Se acaba de despertar —dijo Ibai, guiñándole un ojo.

—Es verdad, Alicia, hija mía. Parece que hayas visto un fantasma. Vaya cara tienes —dijo María. Las madres, como siempre, tan simpáticas.

De camino a casa, Alicia no paraba de darle vueltas a todo lo que le habían contado. Al llegar, subió a su habitación, dijo que le dolía un poco la cabeza.

—No me extraña. Esa siesta en el monte creo que no te ha sentado bien —dijo su madre—. Tómate algo para el dolor de cabeza y luego yo te subiré algo de comer.

Se tumbó en la cama y, mirando al techo, recordó los álbumes que había cogido del desván. En alguno de ellos habría alguna foto de la Bisabuela, aunque en aquella época se sacaban pocas fotos. Al fin encontró una en la que aparecía la Bisabuela en una foto del día de su boda. Esa cara... Esa cara era la cara de Enzala, un poco cambiada, pero su cara. Era verdad, la bisabuela Sara era Enzala. Pero entonces, “¿Itnas? ¿Qué fue de Itnas? ¿Por qué la Bisabuela se convirtió en Xira?” Aún tenía, si cabe, más preguntas por resolver que antes.

Se despertó y estaba todo a oscuras, encendió la luz de la mesilla. Había un poco de cena, se lo habrían subido y al verla dormida decidieron no despertarla y dejarle algo para comer. Comió porque la verdad es que sí que tenía hambre. Desde la comida no había probado bocado. Ya estaba más tranquila, el dormir la había tranquilizado.

Abrió la ventana, se asomó, sintió un escalofrío, inspiró profundo... “¡Ah, qué sensación!” El aire de la noche, con ese olor a hierba mojada... Se oía algún perro ladrando a lo lejos y los grillos cantando... ¡Cómo le gustaba su aldea, su casa, su familia...! En esos momentos era feliz. Se sintió muy afortunada de poder participar de ese secreto familiar. Miró al cielo y vio pasar una estrella fugaz. Cerró los ojos, pidió un deseo y se fue a acostar feliz.

CAPÍTULO V

LA DECISIÓN

Cuando Alicia se levantó, Ibai y Verónica preparaban las maletas. Aquel día, después de comer, se marcharon. Alicia se quedó un poco triste con la marcha de sus tíos y sus primos. Después de comer se tumbó en el jardín con su padre. Echaba de menos tumbarse con él a hablar de cualquier cosa, como hacía cuando era niña. Se habían distanciado un poco, cosas normales de la edad, de crecer, pero sabía que él era la persona que mejor la conocía en el mundo entero.

—¿Qué has pensado hacer con los estudios, cielo? —dijo su padre—. Últimamente han pasado muchas cosas: la muerte de la abuela, el nacimiento de Liz... y con el verano de por medio quería dejarte descansar. Se que te has esforzado mucho en los estudios, pero debes de tomar una decisión con respecto a tu futuro.

—Por una parte, no quiero dejaros a Mamá, a ti y a Carmen, pero, no sé, también me gustaría estudiar en la ciudad.

—Ya sabes que podrías vivir con el Tío, por eso no hay problema. Vendrías a vernos con él y yo podría ir a buscarte cuando tuvieses fiestas un poco largas. Aunque sé que te echaré muchísimo de menos, es una gran oportunidad para ti. Y si lo que quieres es hacer Magisterio, seguro que luego podrías trabajar en la escuela del pueblo. No hay muchas maestras que quieran venir a este pueblo perdido.

—Tengo que pensarlo. Ya sabes que la ciudad me agobia, pero esa idea que me propones me parece interesante. No lo había pensado de esa manera... Eres un cielo Papá, siempre piensas en todo.

—La semana que viene iré dos o tres días a la ciudad porque tengo que hacer unas gestiones en el banco. Dormiré en casa de los tíos. Piénsalo, podrías venir conmigo y formalizar la matrícula de la universidad.

—Vale, lo pensaré y el fin de semana te digo algo.

Se quedaron los dos abrazados en silencio, cada uno con sus pensamientos..., hasta que Alicia se fijó en un revoloteo de “mariposa” en la ventana de su habitación.

—Me voy a mi cuarto Papá, te quiero —dijo levantándose, mientras le daba un beso en la mejilla.

Al llegar a su cuarto abrió la ventana y Enzala entró.

—¿Qué tal estás? ¿Estás enfadada con nosotros por no haberte contado antes la verdad? —dijo Enzala.

—Estoy bien. Solo fue la impresión por todo lo que me estáis contando, pero no creas que con eso te escapas, aún tienes mucho que contarme. ¿Por qué te convertiste en Xira? ¿Qué pasó con Itnas?

Se tumbaron en la cama y Enzala comenzó a recordar.

—Desde que Itnas y yo nos conocimos no nos separamos nunca. Lo que en principio iban a ser unos días juntos hasta que él se recuperase, terminaron siendo casi 30 años. Con lo que yo sacaba cosiendo y lo que me pagaban por la renta de algunas tierras no tenía para grandes lujos, pero vivía bien. Con tener para mí y para Izaro era más que suficiente. La familia de mi marido vivía lejos y con el tiempo dejó de visitarnos... No quieres lo que no ves y las promesas se esfumaron en el aire. Yo no tenía hermanos y mis padres habían fallecido unos años atrás.

—Las bisabuelas de tus amigas Esther y Fátima me visitaban de vez en cuando. Con Cristina, la de Esther, solía pasar las Navidades. Fuimos muy amigas, la verdad. Luego, Izaro se hizo mayor y al casarse se quedaron a vivir conmigo. Vinieron los nietos...

—Bueno a lo que iba...

—Como a las Xiras los animales les ayudan mucho, nunca nos faltaron frutos secos en casa. Las ardillas nos traían un puñado de ellos todos los días. Los gatos tenían la casa libre de ratones, aunque los ratones tampoco molestaban en una casa en la que había Xiras... Las arañas siempre tejían sus telas fuera de la casa, cosa que era todo un detalle por su parte...

Alicia y ella se miraron y se echaron a reír. A veces Enzala era un poco payasita.

—El caso es que yo solo conocí a Itnas. Había más Xiras, pero yo no conocí nunca a ninguna. Las Xiras son seres solitarios: es raro que se hagan amigas de los humanos. Hace miles de años convivieron humanos, Xiras y demás seres mágicos, pero los humanos se fueron volviendo cada vez más avariciosos y las Xiras tuvieron que dejar de tratar con ellos. Se volvieron desconfiadas. Su forma de ser y de comportarse cambió, aunque su esencia de seres bondadosos permaneció intacta.

Enzala enredaba el cabello de Alicia, mientras su mirada se perdía en recuerdos del pasado.

—Un par de años antes de mi cambio, apareció una mariposa muerta en el alféizar de la ventana. Itnas la enterró en el jardín y desde ese día ya no pasaba tanto tiempo en casa. Pasaba casi todo el día fuera y a la noche, cuando le preguntaba qué era lo que sucedía, me sonreía y decía que cuando pudiera se sentaría conmigo y me lo contaría todo.

—Una de las veces que salió, tardó un par de días en regresar. Yo le busqué por el pueblo y los prados de los alrededores, pero no logré dar con él, estaba preocupada. Una noche apareció en casa. Su rostro era serio y se le veía triste.

—*Hola Sara, siento haber estado tanto tiempo fuera sin avisar* —tenía la voz temblorosa, sonaba ronca; él tenía una voz dulce y alegre, algo muy difícil tenía que contarme.

—*Está pasando algo muy grave: están muriendo Xiras. Las Xiras no morimos, somos seres infinitos. Poseemos en cada una de nosotras la sabiduría de todas la Xiras que nos precedieron. Tenemos la intuición de distinguir el mal cuando se acerca. Es como si pudiéramos olerlo.*

—*Es MUY MUY RARO que una Xira esté en peligro, a veces pasa. La muerte forma parte de la vida, pero no de la manera que está sucediendo últimamente. La mariposa muerta del alféizar de la ventana no era tal, era una Xira. Al morir volvemos a nuestra esencia, nos volvemos mariposas y así preservamos el secreto de nuestra especie. Si alguien nos encuentra cree que es una mariposa más que murió.*

—*He conseguido hablar con otras Xiras y no sabemos qué está sucediendo. Rebuscando en nuestros recuerdos hemos llegado a una época en la que sucedió algo parecido. Llegamos al recuerdo de un humano; él debe de tener la solución para evitar nuestra extinción... Pero nosotras no podemos evocar en nuestra memoria recuerdos de humanos, solo recuerdos de nuestra especie, las Xiras.*

—Yo escuchaba como si no existiese nada más en el mundo —seguía recordando Enzala—. Cada palabra suya resonaba clara en mi cabeza y, por algún motivo, sabía cuál era la pregunta que

Itnas quería hacerme. Sabía cuáles serían sus consecuencias, no podía negarme. Es como si todo esto ya hubiera sucedido antes: era mi destino. No tenía miedo, ni dudas. Solo sentía tristeza por la gente que amaba.

—*Se lo que me vas a proponer Itnas. Mi respuesta es SÍ, por supuesto que sí.*”

—*¿Cómo qué sabes lo que te voy a pedir? Sara.... Es imposible que llegues siquiera a imaginarlo*” —dijo Itnas.

—*Desde el primer momento en que te vi, intuí que la vida te ponía en mi camino por alguna razón y hoy he averiguado por qué.*”

—Itnas y yo juntamos nuestras frentes y lloramos juntos. Fue un instante infinito, de los que cierras los ojos y el mundo se para.

—*Mañana hablaremos de todo lo que hay que hacer. Ahora descansa*” —le besé en la frente y nos fuimos a descansar.

—*¿Cómo es que nunca te escucharon hablar con Itnas?* —preguntó Alicia.

—Yo siempre me acostaba tarde con la excusa de quedarme leyendo un rato. Nadie desconfiaba y podía hablar tranquilamente con Itnas para planificarlo todo. Izaro, su marido y los niños dormían en la planta de arriba y no se enteraban de nada.

—Tenía que cambiar a Xira para que mis recuerdos como humana y la de todos los humanos que me precedieron pudieran pasar a formar parte de la memoria colectiva de todas las Xiras.

—Era algo maravilloso. Significaba salvar una especie de seres mágicos, de seres maravillosos. No podía negarme. Además, mi familia sufriría por mi pérdida, pero la pérdida, por desgracia, forma parte de la vida de los seres humanos. Yo estaría siempre con mi familia, pero de otra forma.

—Al cambiar a Xira descubrí y sentí cosas que como humana no podía. La muerte es un paso hacia otra dimensión, otra forma de sentir. La energía de la gente que amas y ya no está, te acompaña siempre. Al recordarla haces que viva de nuevo, ellos siempre te acompañan. Al morir, todas esas energías se juntan otra vez y unas forman parte de las otras. Los que nos dejaron están en nuestra forma de sonreír, el color de nuestros ojos, las comidas que nos gustan. Todos estamos unidos para siempre.

—Solo hay una cosa que me preocupaba: alguien debería de pagar un precio más alto que yo. Itnas moriría con Sara, al hacer yo el cambio a Xira.

—Las Xiras nacen de la transformación de una mariposa, cuando un niño escucha su historia por primera vez. Esta vez la Xira nacería de la transformación de un humano al morir y eso exigía un precio más alto. Itnas moriría para salvar a todas las Xiras del planeta, pero de alguna manera viviría en mí. Yo soy él y él forma parte de mí. No sé dónde acaba Sara y empieza Enzala ni donde acaba Enzala y empieza Itnas.

Ya anochece cuando Enzala acabó su relato. En su interior, Alicia sentía una mezcla de alegría, pena, orgullo, tristeza, amor infinito... Tantas emociones a la vez, por ese ser maravilloso. No podía más que llorar. No era un llanto de angustia, esas lágrimas no dolían; era un llanto sereno... Le hizo comprender que hay que confiar en la gente que amas y seguir esa vocecita que te habla desde dentro y a veces intentamos callar.

—Alicia... —llamaron a la puerta.

Era su padre que venía a buscarla para cenar.

—*¿Estás bien?* —dijo entrando en la habitación—. Llevas toda la tarde en tu cuarto.

—Sí, sí. Estaba mirando los requisitos para formalizar la matrícula de la universidad y, cómo

no... Me quedé dormida... ¡Soy un desastre! Ahora mismo bajo a cenar, que tengo muchísima hambre...

—Vale, Cariño, te esperamos abajo.

CAPÍTULO VI

JOSE

Alicia fue con su padre a la ciudad a formalizar la matrícula. Le atraía Magisterio. De hecho, desde pequeña había querido ser maestra. Lo de vivir en la ciudad también le atraía como experiencia, no para vivir. Sabía que su vida estaba en la aldea y, por otro lado, vivir con los tíos y los peques estaría genial. Después de ir a la universidad, su padre se fue a arreglar sus cosas y Alicia recorrió un poco la ciudad hasta la hora de comer. Había quedado con su tío en un restaurante cercano a su casa.

—¡Hola preciosa futura maestra! Ya veo que te has decidido. Cuidado conmigo, que como tío-padre soy un poco ogro —dijo Ibai sonriendo.

—Pues yo como sobrina-tía soy muuuuy pesada, no te daré más que disgustos. Jajaja...

Comieron juntos, hablaron de las asignaturas que escogería para ese curso, dónde iba a dormir en su casa, de lo grande que estaban los niños... y de Xiras también, como no.

—¿Qué sabes del humano que ayudó a las Xiras hace miles de años? Enzala no acabó de contarme la historia —le preguntó a Ibai.

—Enzala me contó cómo funciona la memoria colectiva de las Xiras. No es que de repente, en su cabeza, aparezca toda la sabiduría de las Xiras que las precedieron. Tienen una intuición forjada con la experiencias de todas ellas, pero para rebuscar recuerdos concretos deben concentrarse e ir navegando por su memoria, rebuscando memorias antiguas y ajenas, hasta llegar a lo que buscan. Deben hacerlo en un lugar seguro, ya que durante ese proceso son sumamente vulnerables. No perciben nada de lo que pasa a su alrededor, se sumen en una especie de trance que las deja muy debilitadas durante unas horas.

—Enzala navegó en sus recuerdos, hasta que llegó a los recuerdos de un tal Jose. Fue un humano que vivió hace mucho, mucho tiempo. No llegó a tener contacto con ninguna Xira, por eso ellas no lograban recordarle. Ellas solo recordaban una época en la que morían Xiras y, de repente, dejó de suceder. Su intuición les decía que tenía algo que ver con un humano.

Alicia sorbía su café, sin despegar sus ojos de Ibai.

—Jose empezó a notar que algo pasaba con las mariposas porque encontró varias muertas en sus paseos por el campo. Eran unas mariposas un poco más grandes de lo normal y su perro se comportaba de una manera extraña cuando encontraba alguna.

—No paraba de darle vueltas al tema. Un día, Jose fue a visitar a su abuela. Ella era ya muy mayor y casi no le recordaba. La abuela empezó a contar una historia de Xiras...

“¡Claro! Había oído esas historias de niño a su abuela y a los ancianos del lugar. Hacía tanto que no oía hablar de ellas...”

“¿Podrían se Xiras esas mariposas muertas...?” —pensó Jose.

—Empezó a vigilar en sus paseos por el monte y logró ver alguna... Las Xiras huyen cuando intuyen algún peligro, pero Jose podía observarlas sin que ellas lo supieran, porque él no era ningún peligro para ellas.

—Después de meses y meses observándolas, ya un poco desesperado por no encontrar la solución, por fin ató cabos... Las Xiras morían porque la gente estaba dejando de creer en ellas y además no nacían Xiras nuevas porque nadie contaba su historia.

—Si lo piensas bien, ¿cómo nace una Xira? Nace con el primer cuento que un niño escucha sobre ellas. Un niño cree ese cuento, las imagina, sueña con ellas e incluso cree poder ver alguna.

Alicia no podía articular palabra. Solo asentía con la cabeza mientras Ibai hablaba.

—Si nadie cree en ellas estas mueren poco a poco. Ellas son magia, son fantasía.

—Jose empezó a contar historias sobre ellas a todos los niños de su familia. Contaba las historias que le contaba su abuela a él. Hasta pidió permiso en la escuela para hacer una representación de marionetas sobre Xiras.

—Las Xiras comenzaron a recuperarse y nunca supieron por qué.

—Por eso, cuando Enzala cambió, nos enseñó a mi madre y a mí lo que había sucedido. Había que hablar de las Xiras, recordarlas. No podían ser olvidadas.

—Todo lo que olvidas muere... Un amigo con el que no hablas... Un familiar que fallece... Todos ellos seguirán en tu corazón si los recuerdas, si hablas con ellos aunque no obtengas respuesta... Recordar es volver a vivir.

—Así que, Alicia, enfádate, llora, sonríe, siente, pero sobretodo recuerda. Recuerda momentos malos para no volver a repetir errores pero, sobretodo, recuerda cosas bellas... Las personas malas que no aportan, olvídalas y desaparecerán. Todas nuestras vivencias nos hacen crecer, nos hacen ser lo que somos y siempre podemos elegir. Serás lo que decidas en tu vida. Mira siempre el lado positivo y agradece a la vida lo que te da.

Aquel verano Alicia descubrió el secreto mejor guardado de su familia. Aprendió a amar más si cabe la naturaleza, a escuchar las historias de fantasía de otra manera. Todas las historias de fantasía podrían esconder algo de realidad.

Acabó Magisterio y ahora es profesora en la escuela del colegio del pueblo. Le da clases a Liz y a Naira. Naira está en preescolar. Es la hermanita pequeña de Liz.

Se casó y vive en el pueblo con su marido. Está embarazada de un niño que se llamará Aaron. A todos sus alumnos les cuenta las historias de las Xiras. Enzala y ella se ven todos los días y siguen siendo amigas del alma.

Liz encontró a Alicia y Enzala hablando un día después de clase. Así que ya hay otro miembro de la familia que sabe el secreto y continuará con el legado de hacer que nazcan más Xiras y no desaparezcan nunca.

Cada vez que veais una mariposa pensad que a lo mejor es una Xira. Las Xiras son una especie de Hada, hay muchos tipos de Hadas. Si encontráis una mariposa muerta no la dejéis en el camino sin más; enterradla en un agujerito, por si acaso.

Contad historias de Xiras y no dejéis nunca de soñar.

FIN

*GRACIAS A TODOS LOS QUE HABÉIS
DEDICADO UN RATITO DE VUESTRAS VIDAS A CONOCER A LAS XIRAS .*

Belén Míguez Ferro

Barakaldo, Junio de 2019